

Benjamín Alire Sáenz
Aristóteles y Dante descubren
los secretos del Universo



Las otras reglas del verano

*El problema con mi vida
era que se le había ocurrido a alguien más.*

Uno

Una noche de verano me quedé dormido con la esperanza de que el mundo sería otro cuando despertara. En la mañana, cuando abrí los ojos, el mundo era el mismo. Me quité las sábanas y me quedé acostado mientras el calor se filtraba por mi ventana abierta.

Mi mano alcanzó el disco del radio. Tocaban «Alone». Mierda; «Alone»; una canción de un grupo llamado Heart. No era mi canción favorita. No era mi banda favorita. No era mi tema favorito. «*You don't know how long...*»

Tenía quince años.

Estaba aburrido.

Me sentía miserable.

Si por mí fuera, el sol podría haberle derretido todo el azul al cielo. Así el cielo podría sentirse tan miserable como yo.

El DJ estaba diciendo cosas fastidiosas y obvias como: «¡Ya es verano! ¡Qué calor hace afuera!». Y luego ponía esa pista retro de *El Llanero Solitario*, algo que le gustaba poner todas las mañanas porque pensaba que era una manera genial de despertar al mundo. «¡Hi-Yo, Silver!». ¿Quién contrató a este tipo? Me estaba matando. Creo que se suponía que mientras escuchábamos la «Obertura» de *Guillermo Tell*, debíamos imaginar al Llanero Solitario y a Toro cabalgando por el desierto con sus caballos. Quizás alguien le debería de haber dicho al tipo que ya no teníamos diez años. «¡Hi-Yo, Silver!». Mierda. La voz del DJ estaba al aire otra vez: «¡Despierta, El Paso! ¡Es lunes 15 de junio de 1987!

¡1987! ¿Lo pueden creer? ¡Y hoy mandamos muchas felicitaciones a Waylon Jennings, quien cumple cincuenta años!». ¿Waylon Jennings? ¡Era una estación de rock, maldita sea! Pero entonces dijo algo que sugería que quizá tenía un cerebro. Contó la historia de cómo Waylon Jennings sobrevivió al choque de avión que mató a Buddy Holly y a Richie Valens. Con eso, puso la versión de «La bamba» de Los Lobos.

«La bamba». Con esa me las podía ingeniar.

Golpeé mis pies descalzos contra el piso de duela. Mientras seguía el ritmo con el movimiento de mi cabeza, me empecé a preguntar qué había pasado por la mente de Richie Valens antes de que el avión se estrellara contra el despiadado suelo. «¡Oye, Buddy! Se acabó la música».

Que la música se acabe tan pronto. Que la música se acabe tan pronto cuando apenas comenzó. Qué cosa tan triste.

Dos

Entré a la cocina. Mi mamá preparaba el almuerzo para una reunión con sus amigas-de-la-iglesia. Me serví un vaso de jugo de naranja.

Mi mamá me sonrió.

—¿Vamos a dar los buenos días?

—Lo estoy pensando —dije.

—Bueno, por lo menos lograste levantarte de la cama.

—Lo tuve que pensar un buen rato.

—¿Qué pasa con los niños y el sueño?

—Nos sale bien. —Eso la hizo reír—. De todos modos, no estaba durmiendo. Estaba escuchando «La bamba».

—Richie Valens —dijo casi murmurando—. Tan triste.

—Igual que tu Patsy Cline.

Asintió. A veces la encontraba cantando esa canción, «Crazy», y sonreía. Y ella sonreía. Era como si compartiéramos un secreto. Mi mamá. Tenía linda voz.

—Los accidentes aéreos —murmuraba mi madre. Creo que hablaba más sola que conmigo.

—Richie Valens habrá muerto joven... pero hizo algo. O sea, *de verdad hizo algo*. ¿Y yo? ¿Yo qué he hecho?

—Tienes tiempo —dijo—. Hay mucho tiempo.

La eterna optimista.

—Pues, primero hay que volverse persona —dije.

Me miró con extrañeza.

—Tengo quince años.

—Sé cuántos años tienes.

—Los quinceañeros no contamos como gente.

Mi mamá se rio. Era maestra de preparatoria. Yo sabía que estaba más o menos de acuerdo conmigo.

—¿Y de qué se trata la gran reunión?

—Estamos reorganizando el banco de alimentos.

—¿Banco de alimentos?

—Todos deben comer.

A mi mamá le apasionaban los pobres. Lo había vivido. Sabía cosas sobre el hambre que yo nunca conocería.

—Sí —dije—. Supongo.

—¿Quizá nos puedas ayudar?

—Claro —dije. Odiaba que me ofrecieran de voluntario. El problema con mi vida era que se le había ocurrido a alguien más.

—¿Qué vas a hacer hoy? —sonaba como un desafío.

—No me voy a ir con una pandilla.

—No es gracioso.

—Soy mexicano. ¿No es lo que hacemos?

—No es gracioso.

—No es gracioso —dije—. Va, no es gracioso.

Me dieron ganas de salir de casa. No es que tuviera algún lugar adónde ir.

Cuando mi mamá invitaba a sus amigas-de-la-iglesia, sentía como que me sofocaba. No era tanto que todas sus amigas tuvieran más de cincuenta años; no se trataba de eso. Ni siquiera todos los comentarios sobre cómo me estaba volviendo hombre frente a sus ojos. O sea, reconocía las tonterías cuando las escuchaba. Y en cuanto a las tonterías, estas eran del tipo lindo, inocuo, cariñoso. Podía tolerar que me tomaran por los hombros y me dijeran: «Déjame verte. Déjame ver. Ay, qué muchacho tan guapo. Te pareces a tu papá». No porque hubiera mucho que ver. Sólo era yo. Y sí, sí, me parecía a mi papá. No sentía que fuera algo tan grandioso.

Pero lo que de verdad me sacaba de quicio era que mi mamá tenía más amigos que yo. ¿Así o más patético?

Decidí ir a nadar a la alberca de Memorial Park. Era una pequeña ocurrencia. Pero al menos era mía.

Cuando estaba saliendo por la puerta, mi mamá tomó la toalla vieja que me había echado al hombro y la cambió por una mejor. En el mundo de mi madre había ciertas reglas relacionadas con las toallas que yo simplemente no entendía. Pero las reglas no paraban en las toallas.

Miró mi camiseta.

Reconocía una mirada de desaprobación cuando la veía. Antes de que me obligara a cambiarme, le lancé una de mis propias miradas.

—Es mi camiseta favorita —le dije.

—¿No la usaste ayer?

—Sí —le dije—. Es Carlos Santana.

—Sé quién es —me dijo.

—Papá me la dio de cumpleaños.

—Si bien me acuerdo, no parecías tan entusiasmado cuando abriste el regalo de papá.

—Esperaba otra cosa.

—¿Otra cosa?

—No sé. Otra cosa. ¿Una camiseta para mi cumpleaños?
—Miré a mamá—. Supongo que simplemente no lo entiendo.

—No es tan complicado, Ari.

—No habla.

—A veces, cuando la gente habla, no siempre dice la verdad.

—Supongo —le dije—. En fin, ya me encanta esta camiseta.

—Se nota. —Estaba sonriendo.

También yo estaba sonriendo.

—Papá la consiguió en su primer concierto.

—Yo estaba ahí. Lo recuerdo. Está vieja y andrajosa.

—Soy sentimental.

—Sí, cómo no.

—Mamá, es verano.

—Sí —dijo—, sí es verano.

—Otras reglas —le dije.

—Otras reglas —repitió.

Me encantaban las otras reglas del verano. Mi madre las toleraba.

Extendió su mano y pasó sus dedos por mi pelo.

—Prométeme que no te la pondrás mañana.

—Está bien —le dije—. Lo prometo. Pero sólo si me prometes que no las vas a meter a la secadora.

—Puede ser que deje que la laves tú solo —me sonrió—. No te ahogues.

Le devolví la sonrisa.

—Si me ahogo, no regales a mi perro.

Lo del perro era broma. No teníamos uno.

Mi mamá. Ella entendía mi sentido del humor. Yo entendía el suyo. Éramos buenos en ese sentido. No es que no fuera misteriosa de alguna manera. Algo que yo entendía *por completo*: entendía por qué mi papá se enamoró de ella. Por qué ella se enamoró de mi padre era algo que todavía no me cabía en la cabeza. Una vez, cuando tenía como seis o siete años, estaba superenojado con mi papá porque quería que jugara conmigo y él parecía tan distante. Era como si yo ni siquiera estuviera ahí. Le pregunté a mi mamá con toda mi rabia de niño: «¿Cómo te pudiste casar con ese tipo?».

Me sonrió y pasó sus dedos por mi pelo. Eso siempre fue lo suyo. Me miró directamente a los ojos y me dijo con calma: «Tu padre era hermoso». Ni siquiera lo dudó.

Quería preguntarle qué le había pasado a toda esa belleza.

Tres

Cuando salí hacia el calor del día, hasta las lagartijas sabían que no había que estar reptando por ahí. Los parches alquitranados en las grietas de la calle se derretían. El azul del cielo era pálido y se me ocurrió que quizá todos habían escapado de la ciudad y su calor. O quizá todos murieron como en una de esas pelis de ciencia ficción, y yo era el último chico en la Tierra. Pero justo cuando me pasó esa idea por la cabeza, una banda de tipos que vivían en el barrio pasó junto a mí en sus bicis, haciéndome desear que *sí* fuera el último chico sobre la Tierra. Se reían y mataban el tiempo y parecía que se la estaban pasando muy bien. Uno de los tipos me gritó:

—¡Oye, Mendoza! ¿Estás pasando un rato con todos tus amigos?

Los saludé con la mano, fingiendo tomarlo con espíritu deportivo, *ja, ja, ja*. Y luego les hice un gesto obsceno.

Uno de los tipos se detuvo, se volteó y comenzó a girar alrededor de mí en su bicicleta.

—¿Quieres volver a hacer eso? —preguntó.

Le volví a hacer el gesto.

Detuvo su bicicleta justo frente a mí y trató de sostener mi mirada.

No funcionó. Yo sabía quién era. Su hermano, Javier, se había metido conmigo una vez. Le di una paliza. Enemigos de por vida. No me arrepentía. Sí, bueno, era irascible. Lo admito.

Puso voz de malo. Como si me asustara.

—No te metas conmigo, Mendoza.

Le volví a hacer un gesto obsceno y le apunté el dedo a la cara como si fuera una pistola. Salió disparado en su bici. Muchas cosas me daban miedo, pero no los tipos como él.

La mayoría de los chicos no se meten conmigo. Ni siquiera los tipos que daban la vuelta en jaurías. Me volvieron a pasar en sus bicis, gritándome cosas. Todos tenían trece y catorce años, y meterse con tipos como yo sólo era un juego para ellos. Mientras se desvanecían sus voces, comencé a sentir lástima por mí mismo.

Sentir lástima por mí mismo era todo un arte. Creo que a una parte de mí le gustaba hacer eso. Quizá tenía algo que ver con mi orden de nacimiento. Creo que eso tenía que ver, ¿sabes? No me gustaba el hecho de ser un pseudohijo único. No sabía de qué otra manera considerarme. Era hijo único sin serlo en realidad. Eso apestaba.

Mis hermanas gemelas me llevaban doce años. Doce años era toda una vida. Lo juro que lo era. Y siempre me habían hecho sentir como un bebé, o un juguete, o un proyecto, o una mascota. De verdad me gustan los perros, pero a veces me daba la sensación de sólo ser la mascota del equipo. Es decir, esa palabra que se refiere a los animales que sirven de compañía a la familia. *Mascota*. Estupendo. Ari, la mascota de la familia.

Y mi hermano era once años mayor que yo. Era incluso menos accesible para mí que mis hermanas. Ni siquiera podía mencionar su nombre. ¿A quién demonios le gusta hablar de sus hermanos mayores que están en la cárcel? No a mi mamá ni a mi papá, sin duda. Tampoco a mis hermanas.

Quizá todo ese silencio sobre mi hermano me hizo algo. Creo que lo hacía. No hablar puede hacer que un chico se vuelva bastante solitario.

Mis papás eran jóvenes y apenas se mantenían a flote cuando nacieron mis hermanas y mi hermano. «Mantenerse a flote» era la expresión favorita de mis padres. En algún momento, después de tener tres hijos y tratar de terminar la universidad, mi papá se unió a la infantería de Marina. Y luego se fue a la guerra.

La guerra lo cambió.

Yo nací cuando volvió a casa.

A veces pienso que mi papá tiene un montón de cicatrices. En su corazón. En su cabeza. Por todos lados. No es cosa fácil ser hijo de un hombre que se fue a la guerra. Cuando tenía ocho años, escuché a mi mamá hablar con mi tía Ofelia por teléfono. «Creo que la guerra no terminará jamás para él». Después le pregunté a mi tía Ofelia si eso era cierto.

—Sí —dijo—. Es cierto.

—¿Pero por qué la guerra no deja en paz a mi papá?

—Porque tu papá tiene una conciencia —dijo.

—¿Qué le pasó en la guerra?

—Nadie lo sabe.

—¿Por qué no lo cuenta?

—Porque no puede.

Así que así era. Cuando tenía ocho años, no sabía nada sobre la guerra. Ni siquiera sabía lo que era una conciencia. Lo único que sabía era que a veces mi papá estaba triste. Odiaba que estuviera triste. Me hacía sentir triste también. No me gustaba lo triste.

Así que era el hijo de un hombre que tenía a Vietnam viviendo dentro de él. Sí, tenía todo tipo de razones trágicas para sentir lástima por mí mismo. Tener quince años no ayudaba. A veces pensaba que tener quince años era la peor tragedia de todas.

Cuatro

Cuando llegué a la alberca, me tuve que dar un duchazo. Esa era una de las reglas. Sí, reglas. Odiaba ducharme con un montón de otros tipos. No sé, simplemente no me gustaba. Ya sabes, a algunos tipos les gustaba hablar mucho, como si fuera normal estar en la ducha con un montón de tipos y hablar sobre el maestro que odiabas o la última película que viste o la chica con la que querías hacer algo. Yo no tenía nada qué decir. Tipos en la ducha. No era lo mío.

Caminé a la alberca, y me senté del lado bajito, y metí los pies en el agua.

¿Qué haces en una alberca cuando no sabes nadar? Aprender. Supongo que esa era la respuesta. Sí, había logrado enseñarle a mi cuerpo a mantenerse a flote en el agua. De alguna manera me había tropezado con algún principio de la física. Y lo mejor de todo era que había hecho el descubrimiento yo solo.

Yo solo. Estaba enamorado de esa frase. No era muy bueno para pedir ayuda, una mala costumbre que heredé de mi padre. Y, de todos modos, los instructores de natación que se hacían llamar «salvavidas» apestaban. No les interesaba mucho enseñarle a un mocosito flaquito de quince años a nadar. Lo que sí les interesaba bastante eran las chicas a las que de repente les habían brotado senos. Estaban obsesionados con los senos. Esa es la verdad. Escuché a uno de los salvavidas hablar con otro de los salvavidas mientras se suponía que debía estar observando a un grupo de niños.

—Una chica es como un árbol cubierto de hojas. Sólo te dan ganas de escalarla y arrancarle todas esas hojas.

El otro tipo se rio.

—Eres un idiota —le dijo.

—No, soy un poeta —dijo—. Un poeta del cuerpo.

Y después los dos estallaron en carcajadas.

Sí, claro, esos dos eran Walt Whitman en ciernes. Verás, el tema con los chicos era que en realidad no me gustaba estar cerca de ellos. O sea, los chicos me incomodaban. No sabía por qué, no exactamente. Sólo que, no sé, no pertenecía. Creo que lo que me avergonzaba por completo era que yo era un tipo. Y de verdad me deprimía que hubiera la clara posibilidad de crecer y volverme como uno de esos imbéciles. ¿Una chica es como un árbol? Sí, ese tipo era tan listo como un trozo de leña infestado de termitas. Mi mamá diría que sólo era una etapa. Sus cerebros pronto regresarían. Sí, como no.

Quizá la vida *sí* era sólo una serie de etapas; una etapa tras otra tras otra. Quizá en un par de años yo estaría pasando por la misma etapa que esos salvavidas de 18 años. No es que de verdad creyera en la teoría de etapas de mi mamá. No me sonaba como una explicación; me sonaba como un pretexto. Creo que mi mamá no entendía todo el rollo de los chicos. Tampoco yo entendía todo el rollo de los chicos. Y eso que era un chico.

Tenía la sensación de que algo estaba mal conmigo. Supongo que era un misterio hasta para mí mismo. Eso apeataba. Tenía problemas serios.

Una cosa era segura: de ninguna manera iba a pedirle a uno de esos idiotas que me echara la mano con la natación. Mejor estar solo y miserable. Mejor ahogarse.

Así que me quedaba solo y trataba de flotar. No es que me estuviera divirtiendo.

Fue ahí cuando escuché su voz, medio chillona: «Yo te puedo enseñar a nadar».

Me moví al lado de la alberca y me levanté en el agua, entrecerrando los ojos con la luz del sol. Se sentó en la orilla de la alberca. Lo miré con suspicacia. Si un tipo se estaba ofreciendo

para enseñarme a nadar, entonces de seguro era otro perdedor. ¿Dos perdedores? ¿Qué tan divertido podía ser eso?

Una de mis reglas era que más valía estar aburrido solo que aburrido con otro. Básicamente vivía por esa regla. Quizá por eso no tenía amigos.

Me miró. Esperaba. Y luego me volvió a preguntar:

—Te puedo enseñar a nadar, si quieres.

Como que me gustó su voz. Sonaba como que estaba resfriado; ya sabes, como que estaba a punto de perder la voz.

—Hablas raro —le dije.

—Alergias —me dijo.

—¿Alérgico a qué?

—Al aire —dijo.

Eso me hizo reír.

—Mi nombre es Dante —dijo.

Eso sólo me hizo reír más.

—Lo siento —dije.

—Está bien. La gente se ríe de mi nombre.

—No, no —le dije—. Es que da la casualidad de que me llamo Aristóteles.

Sus ojos se iluminaron. O sea, el tipo estaba listo para escuchar toda palabra que dijera.

—Aristóteles —repetí.

Y luego los dos nos pusimos un poquito locos. Riendo.

—Mi papá es profesor de inglés —dijo.

—Por lo menos tienes un pretexto. Mi papá es cartero. *Aristóteles* es el nombre de mi abuelo.

Y luego pronuncié el nombre de mi abuelo con un acento bien formal y mexicano: «Aristótiles».

—Y mi primer nombre es *Ángel*.

Y luego lo volví a pronunciar: «Ángel».

—¿Te llamas Ángel Aristóteles?

—Sí. Ese es mi nombre.

Nos volvimos a reír. No podíamos parar. Me pregunté de qué nos reíamos. ¿Era sólo por nuestros nombres? ¿Nos reíamos por-

que sentíamos alivio? ¿Estábamos felices? La risa era otro de los misterios de la vida.

—Solía decirle a la gente que mi nombre era Dan. O sea, ya sabes, sólo quitaba dos letras. Pero paré de hacerlo. No era honesto. Y de todos modos, siempre me descubrían. Y me sentía como un mentiroso y un idiota. Me avergonzaba de mí mismo por avergonzarme de mí mismo. No me gustaba sentirme así. —Se encogió de hombros.

—Todos me dicen «Ari» —le dije.

—Es un placer, Ari.

Me gustó cómo dijo: «*Es un placer, Ari*». Como si lo dijera sinceramente.

—Está bien —le dije—. Enséñame a nadar.

Supongo que lo dije como si le estuviera haciendo un favor. O no lo notó, o no le importó.

Dante era un maestro muy preciso. Era un nadador de verdad; entendía todo sobre los movimientos de los brazos y las piernas, y la respiración; entendía cómo funcionaba un cuerpo mientras estaba en el agua. El agua era algo que adoraba, algo que respetaba. Entendía su belleza y sus peligros. Hablaba de nadar como si fuera una forma de vida. Tenía quince años. ¿Quién era este tipo? Parecía un poco frágil... pero no lo era. Era disciplinado, y rudo, y conocedor; y no fingía ser estúpido y ordinario. No era ninguna de esas dos cosas.

Era divertido y centrado y feroz. O sea, el tipo podía ser feroz. Y no tenía gota de crueldad. Yo no entendía cómo podías vivir en un mundo cruel y que nada de esa crueldad se te pegara. ¿Cómo podría vivir un tipo sin un poco de crueldad?

Dante se volvió un misterio más en un universo lleno de misterios.

Todo ese verano nadamos y leímos cómics, y leímos libros y discutimos sobre ellos. Dante tenía todos los viejos cómics de *Superman* de su padre. Le encantaban. También le gustaba *Archie y Verónica*. Yo odiaba esa mierda.

—No es mierda —dijo.

A mí, a mí me gustaban *Batman*, *Spider-Man* y *Hulk*, el hombre increíble.

—Demasiado oscuro —dijo Dante.

—Lo dice un tipo que ama el *Corazón de las tinieblas* de Conrad.

—Eso es distinto —dijo—. Conrad escribía literatura.

Yo me la pasaba discutiendo que los cómics también eran literatura. Pero para un tipo como Dante, la literatura era un asunto muy serio. No recuerdo haber ganado jamás un argumento con él. Era incluso mejor para debatir. También era mejor lector. Por él leí el libro de Conrad. Cuando lo terminé de leer, le dije que lo había odiado.

—Excepto —le dije— que es cierto. El mundo es un lugar oscuro. Conrad tiene razón en eso.

—Quizá tu mundo, Ari, pero no el mío.

—Sí, sí —le dije.

—Sí, sí —me dijo.

La verdad es que le mentí. Me encantó el libro. Pensé que era la cosa más hermosa que jamás hubiera leído. Cuando mi padre vio lo que estaba leyendo, me dijo que era uno de sus libros favoritos. Quería preguntarle si lo había leído *antes* o *después* de pelear en Vietnam. No tenía sentido hacerle preguntas a mi padre. Nunca las contestaba.

Yo tenía la idea de que Dante leía porque le gustaba leer. Yo leía porque no tenía otra cosa que hacer. Él analizaba las cosas. Yo sólo las leía. Tengo la sensación de que yo tenía que buscar más palabra en el diccionario que él.

Yo era más oscuro que él. Y no estoy hablando sólo sobre el color de nuestra piel. Me dijo que yo tenía una visión trágica de la vida.

—Por eso te gusta *Spider-Man*.

—Sólo soy más mexicano —le dije—. Los mexicanos son gente trágica.

—Puede ser —dijo.

—Eres el estadounidense optimista.

—¿Es un insulto?

—Puede ser —le dije.

Nos reímos. Siempre nos reíamos.

No éramos parecidos, Dante y yo. Pero sí teníamos unas cuantas cosas en común. Para empezar, a ninguno de los dos nos dejaban mirar la tele durante el día. A nuestros padres no les gustaba lo que la televisión le hacía a la mente de un chico. Los dos habíamos crecido con sermones que sonaban más o menos así: «¡Eres un niño! ¡Sal y haz algo! Hay un mundo entero allá fuera que te espera»...

Dante y yo éramos los últimos dos chicos en Estados Unidos que crecieron sin tele. Un día me preguntó:

—¿Crees que nuestros papás tienen razón, que hay todo un mundo allá fuera que nos espera?

—Lo dudo —dije.

Se rio.

Luego tuve esta idea.

—Subamos al autobús y veamos qué hay ahí fuera.

Dante sonrió. Los dos nos enamoramos de viajar en autobús. A veces andábamos en autobús toda la tarde. Le dije a Dante:

—Los ricos no andan en autobús.

—Por eso nos gusta.

—Puede ser —le dije—. ¿Somos pobres?

—No —luego sonrió—. Si escapáramos de casa, entonces los dos seríamos pobres.

Pensé que había dicho algo muy interesante.

—¿Lo harías alguna vez? —pregunté—. ¿Escaparte?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—Claro.

—Estoy loco por mi mamá y mi papá.

Eso de verdad me hizo sonreír. Nunca había escuchado a nadie decir eso sobre sus padres. O sea, nadie estaba loco por sus padres. Excepto Dante.

Y luego me susurró en el oído.

—Esa señora dos asientos adelante de nosotros. Me parece que está teniendo un aventurilla.

—¿Cómo lo sabes? —susurré.

—Se quitó el anillo de bodas mientras se subía al autobús.

Asentí y sonreí.

Inventábamos historias sobre la otra gente que iba en el autobús.

Nunca he estado muy cerca que digamos a otra gente. Básicamente era un solitario. Había jugado básquet y beisbol y hecho el rollo de los niños exploradores, pero siempre guardé mi distancia de los demás chicos. Nunca me sentí como si fuera parte de su mundo.

Chicos. Los miraba. Los estudiaba.

A fin de cuentas, no encontraba que la mayoría de los tipos que me rodeaba fuera muy interesante. De hecho, me disgustaban bastante.

Quizá era un poco arrogante. Pero no creo que lo fuera. Sólo que no entendía cómo hablar con ellos, cómo ser yo mismo alrededor de ellos. Estar con otros chicos no me hacía sentir más listo. Estar con otros chicos me hacía sentir estúpido e inadecuado. Era como si todos fueran parte de un club y que yo no era miembro.

Cuando tuve la edad para ir a los niños exploradores, le dije a mi papá que no lo haría. Ya no lo podía soportar.

—Pruébalo un año —dijo.

Mi papá sabía que a veces me gustaba pelear. Siempre me estaba dando sermones sobre la violencia física. Trataba de mantenerme alejado de las pandillas de la escuela. Trataba de evitar que me convirtiera en alguien como mi hermano, que acabó en la cárcel. Así que por mi hermano, cuya existencia ni siquiera era reconocida, yo tenía que ser un buen niño explorador. Eso apostaba. ¿Por qué tenía que ser un buen chico sólo porque tenía un hermano que era un mal chico? Odiaba la manera en que mi mamá y papá hacían los cálculos familiares.

Le seguí la corriente a mi papá. Lo intenté un año. Lo odiaba, excepto cuando aprendí a hacer RCP. O sea, no me gustó la parte que tenía que ver con respirar en la boca de otra persona. Eso como que me ponía los pelos de punta. Pero por alguna razón, todo eso me fascinaba, cómo podías lograr que un corazón co-

menzara a latir otra vez. Pero después de que me dieron un parche por aprender a resucitar a alguien, lo dejé. Vine a casa y le di el parche a mi papá.

—Creo que estás cometiendo un error. —Eso fue lo único que dijo mi papá.

«*No voy a terminar en el bote*». Eso es lo que le quería decir. En vez de ello, sólo fanfarroneé:

—Si me obligas a regresar, te juro que voy a empezar a fumar yerba.

Mi papá me miró con extrañeza.

—Es tu vida —dijo. Como si de verdad eso fuera cierto.

Y otra cosa sobre mi padre: no daba sermones. No de verdad. Cosa que me reventaba. Hablaba con oraciones muy breves: «Es tu vida». «Inténtalo». «¿Seguro que quieres hacer eso?». ¿Por qué no podía hablar y ya? ¿Cómo se suponía que lo debía conocer cuando no me dejaba? Odiaba eso.

Me iba lo suficientemente bien. Tenía amigos en la escuela. Más o menos. No era increíblemente popular. ¿Cómo podría serlo? Para ser increíblemente popular tenías que hacer que la gente creyera que eras divertido e interesante. Simplemente no era un tímido a ese grado.

Había un par de tipos con los que solía llevarme, los hermanos Gómez. Pero se fueron a vivir a otro lado. Y había un par de chicas, Gina Navarro y Susie Byrd, a las que les gustaba atormentarme como pasatiempo. Chicas. Eran un misterio también. Todo era un misterio.

Supongo que no me iba tan mal. Quizá no todos me amaban, pero tampoco era uno de esos chicos a los que todos odiaban.

Era bueno para pelear. Así que la gente me dejaba solo.

Era más que nada invisible. Creo que me gustaba así.

Y luego llegó Dante.